

A LA BÚSQUEDA DE LOS ORÍGENES
LITERARIO-CULTURALES DE
GONZALO TORRENTE BALLESTER (1927-1941)

Luis de Llera

Fue G. Bellini quien no hace mucho me invitó a considerar la obra de GTB¹ blandiendo dos motivos válidos. Uno de ellos era el poco éxito que hasta ahora había alcanzado en Italia en contraste con los homenajes, premios y ventas con que la crítica y el público español lo han favorecido y lo favorecen. La segunda razón residía en la cualidad positivamente camaleónica de GTB, pues efectivamente ha sido un autor que ha sabido renovarse y adaptarse al paso del tiempo que, por lo general, separa lo viejo de lo nuevo en favor casi siempre de éste último; al menos así está ocurriendo en la historia ultra contemporánea de nuestra Europa occidental. Además el éxito lo ha alcanzado en la España actual que bien sabe el pasado político de GTB, decididamente volcado durante la guerra civil de la parte de los vencedores. Para nosotros este mantenimiento de la fama con cirios y troyanos significa que nuestro autor ha recibido ya la consagración e ingresará en el templo de los clásicos, de aquellos que su arte ha superado las circunstancias del momento histórico vivido. No es fácil para un escritor y crítico literario que participó en casi todas las aventuras culturales que los escritores falangistas organizaron en los tremebundos años 40 encontrarse hoy — como de hecho se encuentra GTB — en la cúspide de la fama literaria y de las clasificaciones de ventas con un régimen que, al menos teóricamente, ha rechazado aquel pasado donde GTB cumplió los primeros pasos de la fama y del prestigio. Desde 1975 es académico de número de la Real Academia de la Lengua. En 1980 la televisión “teledirigida” le adaptó su trilogía *Los gozos y las sombras* (*El señor llega*, 1957; *Donde da la vuelta el aire*, 1960; *La Pascua triste*, 1962). A partir de ahora viaja con las alas del prestigio por Europa y América. En 1985 recibe el Premio Cervantes², precedido por Jorge Guillén (1976), Dámaso Alonso (1978), Jorge Luis Borges (1979), Gerardo Diego (1979), en condisión con el autor argentino, Juan Carlos Onetti (1980), Octavio Paz (1981), Luis Rosales (1982), Rafael Alberti (1983) y Ernesto Sábato (1984). Poco antes GTB había sido galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

Aunque GTB inició a escribir novelas ya en el lejano 1943 (*Javier Mariño*, *Historia de una conversión*) y no ha cortado nunca con el filón de la narrativa, la

verdad es que durante muchos años ha sido más famoso en España como crítico literario e historiador de la literatura³. El que escribe preparó el examen de preuniversitario (correspondiente a la maturità italiana) con un volumen suyo, *Literatura española contemporánea*⁴. Además se había iniciado en el género dramático cinco años antes con *El viaje del joven Tobías. Milagro representable en siete coloquios*⁵. GTB consiguió finalmente la fama en el género narrativo con la *La saga-fuga de J.B.*⁶. De entonces acá los éxitos se han sucedido y hoy nuestro autor pasará a la historia de la literatura como uno de los grandes novelistas de su época⁷.

Gonzalo Torrente Ballester no puede ser considerado como uno de los literatos oficiales del actual régimen, sobre todo porque no existiendo ya un tipo de administración de tendencia ideológica autoritaria tampoco pueden existir escritores portadores de un tipo único de cultura y de literatura. Sin embargo es manifiesto que las actuales democracias juegan para favorecer a los más adictos, simpáticos o valiosos artistas con el premio de la televisión, con el teatro subvencionado, con las publicaciones pagadas por el Ministerio etc. Y este fenómeno quizás sea más pronunciado hoy en España que en otras democracias de la Comunidad Europea. Los motivos son dos. El primero se debe a la herencia franquista. Cuarenta años de poder unipersonal y monolítico determinan el comportamiento de varias generaciones que, crecidas en tal clima, necesitan esforzarse para perder ciertos hábitos mentales y, consecuentemente, sociales. El segundo deriva de la televisión que en España hasta hace pocos meses era de propiedad del estado, y por tal único con “derecho” a elegir programas y a imponer modas. No queremos decir, ni siquiera insinuar, que GTB se haya aprovechado de la política actual, ni de sus medios, entre otras cosas porque estamos convencidos de que nuestro tenaz gallego es un literato puro en el más noble sentido del término⁸. Toda su vida, y quizás la de su familia la ha planteado en función de su trabajo profesional y, muy especialmente, creativo. Sin embargo Torrente de algún modo ha sido no sólo recuperado, sino incluso mimado en los últimos años. Ha recibido los dos premios más importantes de literatura que concede el gobierno. La televisión ha contribuido a ponerle de moda representando su ahora famosa trilogía *Los gozos y las sombras*. Hasta su biografía más completa ha sido publicada por la Dirección General de Promoción del Libro y la Cinematografía⁹.

Todo ello no desdice para nada de su narrativa, rica y fértil, imaginativa y capaz de renovarse y adaptarse a las circunstancias que las nuevas generaciones marcan. Lo que queremos decir es que la fama merecida de nuestro novelista hay que analizarla en el contexto total de su vida, de su producción plurigenérica, de sus actividades profesionales, y de determinadas preferencias en los círculos de amigos y en las tertulias literarias etc.

Muy probablemente el lector joven de las últimas y fantásticas novelas de Torrente, como por ejemplo *La rosa de los vientos* (1985) o *Quizás nos lleve el viento al infinito* (1984), sacará la impresión de lo que fundamentalmente es don Gonzalo: un rico e imaginativo perspectivista de la realidad, de la historia, de la fantasía, que intenta demostrar la variedad de lo real y la ambigüedad fundamen-

tal del ser humano, atenazado entre la libertad y el mito, la realidad y la ficción¹⁰. Sin embargo el hombre no es sólo presente, porque su hoy procede de un pasado que ha conformado, estructurado, la mente como libertad y como represión, como sinceridad y mentira¹¹.

Nuestro propósito de estudiar la obra de GTB se detiene en este breve ensayo en los inicios de los años 40, cuando Gonzalo es aún un hombre muy joven (nació en 1910) pero con los suficientes años para comprender dónde estaba, y con los suficientes también para que el biógrafo pueda sacar las primeras conclusiones de su trayectoria personal y literaria.

Cuando termina la guerra civil GTB no es aún ni un novelista, ni un crítico literario ni, por supuesto, un autor democrático. Es un ayudante de Historia Antigua de la Universidad de Santiago y personalmente un interesante conglomerado humano entre su profesión y su imaginación, entre los orígenes burgueses y la misteriosa y pobre tierra gallega, entre la realidad y la ficción. Todos elementos armonizados maravillosamente en una personalidad única e indisoluble. No hay en Torrente asomo de esquizofrenia, ni lucha interior a la Unamuno. GTB parte de tal plataforma, orientado ambivalentemente hacia la cátedra y hacia la creación literaria, sin preferencia aún por el género. Consciente, eso sí, que, sin ser poeta, poseía innatas cualidades para todos los restantes géneros literarios. Entre 1927 y 1931 — entre Oviedo y Madrid — había conocido y saboreado la fascinación vanguardista, el arte puro y orteguianamente deshumanizado, pero pesando aún en él modernistas como Valle Inclán¹² y Unamuno¹³. El misterio casi legendario de su esperpéntico paisano exponente de una historia de magia y de sorpresa le persuade, y, en parte, le dibuja un posible modelo para un historiador atenazado en alma y cuerpo por la creación literaria, por la compenetración cervantina entre la ficción realizada y la realidad fantástica.

A Gonzalo Torrente Ballester se le podría calificar en estos años como un modernista de fondo atraído por la curiosidad del arte como arte de los movimientos ultras. Las vanguardias, en efecto, no podrán dejar indiferente a nuestro autor, enamorado y entusiasmado por el valor de la palabra, por su esencial espejo del milagro de la vida y del hombre; es decir no de su valor etimológico sino de su esencial misterio. No es por ello extraño que en más de una ocasión haya puesto en relación a Ramón del Valle Inclán y a Ramón Gómez de la Serna. Le satisface de ambos el haber creado una estética inconformista para sus respectivas épocas, y al mismo tiempo «con un patrón personal, en el que concurrían algunos elementos tradicionales del dandy y otros del bohemio». Sin embargo como Torrente, a pesar de ser un esteta, no ha sido nunca prisionero del arte fuera del contexto histórico, ni de una literatura autosuficiente y desencuadrada de una cosmovisión o filosofía de fondo, criticó a Ramón Gómez de la Serna — y con él a la vanguardia — el no haber llegado a comprender nunca que

el hombre, que no es un objeto, jamás puede llegar a ser cosa, y, por tanto, sujeto de un proceso de greguerización (...) que es lo que ocurre con la lectura de *El doctor inverosímil* — pongamos por caso de novela frustrada —: una serie fatigosa de extraños, a veces divertidos, y siempre insuficientes, fragmentos anedócticos, cuyo valor reside en cada una

de las unidades que componen la novela, no en su sistema, porque no existe¹⁴.

GTB no comprendía — o no ha querido comprender — que el proceso de cosificación de los objetos operado por Gómez de la Serna tuviese un sentido. Cosificar es desanalizar, separar los seres de su contexto; significa romper la cadena causal del universo; estetizar por estetizar.

Si un hombre es un cosmos, y eso dicen, Ramón no percibe su conjunto, menos aún su unidad, sino sólo las estrellas fugaces que a veces transitan por el cielo. Y es curioso cómo, al concebirse a sí mismo en *Automoribundia* (que es, por otra parte, un gran libro), no alcance a verse como tal cosmos, es decir, como algo que gira alrededor de un solo eje¹⁵.

Para Torrente la estética vanguardista no es una respuesta completa del hombre al mundo y a la sociedad sino una constante en la evolución cronológica de la estética del siglo XX. En este sentido ha escrito que es tan de hoy lo que dice Ramón de las vanguardias históricas

porque hemos llegado al lugar donde la cola de la serpiente muestra la mordedura, y la cabeza, los dientes: ese recorrido circular de las artes durante casi un siglo y que ahora vuelven al punto de partida, o escapan hacia un romanticismo aún más antiguo¹⁶.

GTB aprecia el proceso ininterrumpido de formalización de la literatura española durante el siglo XX. Sabe muy bien de la deuda de tal proceso con Ortega y su famosa *Deshumanización del Arte*¹⁷. Sin embargo desconcierta cuando explica que la presencia del filósofo de los vanguardistas¹⁸ está sobre todo presente en la trilogía “realista” *Los gozos y las sombras*. Es evidente que el Ortega de Torrente no es el Ortega impulsor de las vanguardias, sino el maestro que propulsó el cambio de la novela española, pidiendo originalidad y nuevos caminos¹⁹. Por otra parte confirma la importancia concedida a la forma, y a la forma cambiante en el tiempo y por las circunstancias, cuando rechaza la influencia de los grandes realistas españoles de Final de Siglo: Galdós y Clarín. E insinúa la importancia en su obra de los literatos europeos originales, independientemente de que hubieran subrayado más la forma o el fondo, el arte o la ética. Explicando su formación anterior a la guerra civil específica que

conviene recordar como episodios anteriores y capitales mi descubrimiento de lo que se llamaba entonces el superrealismo (1927-1928), que me permitió averiguar que yo lo era, y cuatro años más tarde, del clasicismo consciente en su formas más modernas y paradójicas (Poe, Baudelaire, Mallarmé), mercé a lo cual llevé a breve término un segundo descubrimiento: que el arte como consciencia también me solicitaba, y que algo afín llevaba en mi interior²⁰.

Torrente Malvido nos recuerda las lecturas de su padre en los años prebélicos: Rilke, Gide, Huxley, Huizinga y la literatura vanguardística de Proust y Joyce, del surrealismo y la generación del 27²¹. Todas estas lecturas unidas a las ya señaladas ponen de manifiesto, al menos aparentemente, el clásico desorden del joven intelectual apasionado y algo caótico, a pesar de que el conjunto aquí presentado

nos parece que marcarán radicalmente al futuro literato, enamorado de la forma en el tiempo, desinteresado del realismo tradicional pero predispuesto hacia la realidad misteriosa de la vida y de la literatura, radicalmente impulsado hacia la novedad siempre emergente de la imaginación y de la ficción, injertas en la historia y que son capaces, ordenadas en este modo, de convertir la vida en literatura; en creación genial y entusiasta, existencial y apasionada, pero al mismo tiempo centrada y pausada, concentrada y equilibrada.

Como hemos dicho, en 1936 GTB gana por oposición el puesto de profesor ayudante de la Universidad de Santiago. Muy poco después marcha a París becado por su facultad para preparar la tesis doctoral. En la capital francesa le sorprende la guerra. Ignorando la suerte de su familia decide volver a la Galicia nacional (o sea franquista).

Poco sabemos del presunto republicanismo y galleguismo de nuestro autor. Lo que sí es cierto es que inició la colaboración con la prensa y la cultura franquista muy poco después de entrar en España. Su primer ensayo²² lo publicó en la “Revista Negra de la Falange”, subtítulo de “Jerarquía”, imitación de la revista fascista italiana “Gerarchia”.

La elección de Pamplona, sede de la revista, es significativo. El motivo no se debió a que fuese la capital del carlismo, ni la sede de la comandancia del general Mola, verdadero artífice de la sublevación militar. En la capital navarra, y por motivos diferentes, se había agrupado una serie de intelectuales, camisas viejas y nuevas, bajo la dirección de un culto y exaltado sacerdote, don Fermín Yzardiaga²³. Al mismo tiempo que dirigía con el periodista navarro Ángel María Pascual el primer cotidiano de la Falange unificada — es decir franquistizada — creó una revista con pretensiones de alta cultura y con esmero estético. Como ha escrito J. C. Mainer

la revista representó perfectamente las dimensiones ideológicas del peculiar momento de Falange — el ferviente heroísmo y la defensa de los valores religiosos —, pero también supuso la aportación de un grupo joven y valioso, preocupado en la búsqueda del ethos del perfecto militante²⁴.

Contribuyeron con artículos y ensayos Alfonso García Valdecasas, Pedro Laín Entralgo, Rafael García Serrano, Manuel Ballesteros, Antonio Tovar, Concha Espina, Alfredo Marquerie, López Ibor y el mismo Eugenio d’Ors. La aportación poética tampoco merece desprecio. Escribieron Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Agustín de Foxá y Dionisio Ridruejo; además de GTB que propuso un teatro de imaginación (mitad, magia y misterio) y de formación (épico) «para hacer tragedias con migajas del festín de Homero».

La publicación que se proponía contrarrestar la propaganda intelectual de la otra España consiguió sacar solamente cuatro números; el último a principios de la segunda mitad de 1938. En febrero del mismo año Yzardiaga había dejado el importante puesto de jefe de la Delegación de Falange de Prensa y Propaganda, organismo paralelo al del Estado y que a partir de dicha fecha se unificaban²⁵. La pérdida de poder del estrambótico y dialéctico sacerdote fue la causa de la desa-

parición de la revista. Por otro lado parte de la intelectualidad falangista católica, como los grupos cultos procedentes de Acción Española de la CEDA y de la misma Acción Católica estaban intentando con ideas aún no bien definidas y con lógicas rivalidades crear una ideología, una filosofía de la historia y una estética para el nuevo régimen. Por eso, como veremos, la revista “Escorial”, reflejo y símbolo del pasado imperial de la nación, substituiría, en la práctica, a “Jerarquía”.

En Pamplona residieron la mayoría del grupo de redactores y colaboradores de la *Revista Negra de la Falange*. Casi todas las tardes se reunían en una casa que, según cuenta — entre otros — Laín Entralgo, los pamploneses

le llamaban con zumba Piso de la Sabiduría (...) Para envidia mía — prosigue Laín — Luis Felipe Vivanco nos contaba su asistencia a los cursos universitarios de Zubiri y su viaje con éste a Roma. ¿Será posible una España, me preguntaba yo, en que Zubiri, Ortega y Ors den intelectualmente de sí, ayudados por nosotros, todo lo mucho que de sí pueden dar? Para algo más sirvió el Piso de la Sabiduría: sin dejarla por completo, yo pude frecuentar menos la redacción de “Arriba España”, y mi relación habitual como falangista la tuve con personas a las que formal y materialmente, como diría un escolástico, me sentí mucho más afin²⁶.

Laín especifica el grupo que, apartándose de Yzardiaga daría origen en el futuro a la revista “Escorial”: Dionisio (Ridruejo), Gonzalo (Torrente Ballester), Antonio (Tovar), Luis (Rosales), Luis Felipe (Vivanco), «amigos para siempre, ganados para mí, óptima lotería hasta mi traslado a Burgos; la mejor donación que pudo hacer a mi vida su segunda etapa pamplonesa»²⁷.

GTB no ocupó ningún cargo político propiamente dicho, lo que sin duda dice en su favor, ya que, probablemente, no le hubiera sido muy difícil, sobre todo si tenemos en cuenta su capacidad de adaptación en la vida y en las distintas circunstancias que ella como la literatura presentan. Sin embargo eligió inmediatamente su grupo, colaborando primero con Yzardiaga en “Arriba España”, como nos dice Ridruejo y ha verificado J. Andrés Gallego²⁸, y más tarde prácticamente casi con los mismos compañeros primeros en “Jerarquía”²⁹ y después en “Escorial”, Ridruejo y su amigo Laín Entralgo, vice director de la revista³⁰. No es de extrañar que el joven ayudante de la universidad de Santiago sintiese admiración por el más preparado intelectualmente del grupo, como demuestran sus artículos de “Arriba España”, “Jerarquía” y “Escorial”. El mismo Ridruejo, director de esta última revista, lo reconoce cuando escribe que

Laín se manifestó pronto como la figura de mayor peso y autoridad intelectual del equipo o, al menos, de su parte más homogénea. Aunque todavía era muy joven, su espíritu era ya muy maduro y su formación intelectual mucho más amplia y rigurosa que la de cualquiera de nosotros³¹.

Torrente colaboró igualmente en la tercera sección de Propaganda, la de Teatro, dirigida por Luis Escobar que aparte de acudir a los clásicos, a Manuel Machado y a García Lorca, buscaría valores nuevos.

Entre lo que se ofrecía nos pareció que lo más prometedor nos lo traía GTB, que acababa de terminar su *Viaje del joven Tobías*, una pieza que podía catalogarse como teatro de ideas y de símbolos, bien hablada y en la que se ofrecían métodos escénicos de ruptura y de vanguardia³².

El germen de gobierno que entonces existía se aposentó en Burgos, ciudad donde continuaron las actividades culturales de los asiduos del Piso de la Sabiduría. Allí conoció Ridruejo a Gonzalo y no en Pamplona, considerándolo como el dramaturgo del grupo. Desde el punto de vista humano ya tenía fama nuestro Torrente, según juzga el poeta, de «terrible y hasta de corrosivo»³³.

En la capital de la España franquista se instalaba la Delegación Nacional de Prensa hasta que se trasladó a Madrid. De ella dependía la censura de libros. Entre los escritores-censores, el nombre de mayor relumbrón era sin duda el de C. J. Cela, pero, como escribe Justino Sinova,

no el único nombre célebre de la literatura y del periodismo que trabajó en el control de la propaganda y de la información. Serrano Suñer ha citado con frecuencia a los integrantes del grupo intelectual que formó en el ministerio del interior, entre quienes estaban, además de Dionisio Ridruejo y Antonio Tovar, que desempeñaban altas responsabilidades políticas, GTB, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Ignacio Agustí, Edgar Neville, entre otros³⁴.

Lo confirma el mismo Laín Entralgo cuando escribe que Burgos fue la segunda etapa del grupo del Piso de la Sabiduría:

Allí se afianzó mi amistad con los que desde Pamplona eran ya mis amigos para siempre (...). La Sección de Ediciones estaba a mi cargo. A mi lado, Antonio Macipe, Rosales, Vivanco y Torrente³⁵.

Gracias a Laín, a Torrente y a su grupo, algunos autores de la Edad de Plata de la Literatura española volvieron a los pocos escaparates de las disminuidas librerías: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca. Los tiempos eran los que ya sabemos. No había espacio para mucho. La primera publicación oficial fue una antología de Donoso Cortés; es decir uno de los pensadores más reaccionarios del siglo XIX español, al menos en su segunda época a partir de 1848. Mientras tanto Rosales y Vivanco — Rosanco y Vivales les llamaba J. Jiménez Rosado, otro colaborador de la Sección de Ediciones — preparaban con tesón, entusiasmo y retórica, la *Poesía heroica del Imperio*, y muy acorde ideológicamente con la monumental obra la pieza isabelina *La mejor reina de España*. Por esas calendas otros grupos y otras revistas — no muchos, desde luego, pero tampoco ningún desierto cultural como con ingenuidad o ignorancia ha afirmado algún historiador — intentaban resurgir la cultura española, después del casi demoledor paréntesis de la guerra. La competencia venía del grupo de Acción Católica por el lado ideológico-religioso y por, como ya hemos dicho, el de los integrantes de la ex-Acción Española por el flanco político. Sus nombres son muchos: Pedro Sainz Rodríguez, J. Ibañez Martín, J. Permartín, el grupo del

CSIC.

La lucha no por ser incruenta estaba exenta de golpes bajos. El poder de Serrano mantuvo a flote a los hombres del Piso de la Sabiduría en sus respectivos puestos — el primero en dejar el cargo fue Ridruejo a finales de 1940 —, pero ya la pérdida del Ministerio del Interior en favor del monárquico Galarza y la consolidación del propagandista Ibáñez Martín en Educación Nacional propiciaron la pérdida del poder real de Ridruejo, Tovar y Torrente. Laín con una “migaja” de “malignidad” y un poquito de falta de sinceridad, refiriéndose muy probablemente a los intelectuales del Opus Dei — es decir a buena parte del grupo del CSIC capitaneado por Albareda — ha escrito que «una secreta fuerza germinal, mucho más cerca del verdadero establishment que nosotros mismos, se disponía a darnos batalla en el orden de la acción intelectual». Y a propósito de nuestro autor nos cuenta la siguiente anécdota:

Frente a no sé qué documento de la Asociación de Padres de Familia — en la cual, dicho sea de paso, la llanura intelectual ha sido esencial rasgo —, se le ocurrió a Gonzalo Torrente que los Padres de Familia harían bien callándose, porque la guerra civil había sido el levantamiento de unos hijos descontentos de sus padres. (El error de hecho de Gonzalo, la historia ulterior lo haría ver. Pero su intención, la intención de ghetto al revés, no era equivocada: la guerra civil sólo podía tener sentido siendo un levantamiento contra todo lo que la hizo posible). Pues bien: actuando sobre el bien dispuesto José Permartín, los Padres de familia consiguieron que en el expediente de Gonzalo Torrente figurase una nota desfavorable. Allí seguirá, si es que no la ha borrado el éxito internacional de la *Saga-Fuga de J.B.*³⁶

Otro toque de atención lo recibió Gonzalo del régimen — cuando ya no formaba parte del equipo de Laín — al publicar su primera novela, *Javier Mariño. Historia de una conversión* (Madrid, Editor Nacional, 1943). Se prohibió quince días después de ver la luz. Se dijo — y se ha dicho — que los motivos fueron morales por sobreabundancia de imágenes lúbricas, no obstante argumentos e ideas se encuadrasen perfectamente en los patrones de la época, pues como ha escrito Alicia Jiménez

su contenido ideológico lleva un mensaje claramente partidista y reaccionario, a la par que sumamente superficial y anecdótico. (...) Según la explicación que se dio a su autor, contenía una cifra inaceptable de imágenes lascivas. (...) Eran los gajes del oficio en aquel momento, un mundo kafkiano difícil de comprender si no se rebaja uno a los mínimos presupuestos de la racionalidad. (...) En cuanto a la conversión final del personaje yo diría que pretende una opción más humana de la imperante ideología ultrareaccionaria. (...) El joven autor queda perplejo ante la prohibición de su novela y le duele el ensañamiento que la crítica de la época lleva a cabo con su persona. Empieza a estar seguro de que le será difícil seguir adelante en la labor literaria, experimenta un desaliento en apariencia extremo, pero que no llegaría a disuadirlo ni con mucho de sus empeños creativos³⁷.

Sin embargo muy posiblemente tenga razón en este caso *El cazador de fascistas*, Julio Rodríguez Puértolas, en su rico pero obsesionante estudio *Literatura fascista española*³⁸, al escribir que

las verdaderas razones de la prohibición fueron otras, de tipo más ideológico que moral, y ello a pesar de las modificaciones que el texto presentaba con relación a la versión original.

Quizás fuese más preciso decir que la posterior conversión del personaje, que permitió a la novela circular sin censura, es sobre todo de orden religioso³⁹.

El censor censurado es el episodio más ejemplificador del carácter difícil de Torrente, de la ambigüedad de su obra y de su actuación pública. Es también el espejo de las circunstancias reales de la España de aquel tiempo: el intento de crear un totalitarismo sin una ideología definida. Paradoja, en fin, de un fascista extremadamente individualista, de temperamento ecléctico, rebelde y cascarrabias, a la vez que original y enamorado del hecho literario en sí. No basta con decir que la decepción política llegaría muy pronto. Publicaciones ideológicas viejas y nuevas⁴⁰ confirman el derechismo revolucionario propio de algunos de los hombres provenientes del Piso de la Sabiduría y de la mayoría de entre aquéllos que fundaron la revista "Escorial", imitando la libertad ideológica de la "Revista de Occidente" y la integración comprometida pero abierta de "Cruz y Raya". No por nada algunos de los redactores de la publicación fundada por Dionisio Ridruejo y Laín Entralgo aportaron la experiencia de las dos grandes revistas de la República.

En efecto nuestro Torrente es una proyección de todo ello: del elitismo purista de la publicación de Ortega, de la preocupación ética de la de Bergantín, y el conjunto aliñado con las filigranas de una imaginación personal inagotable, interpuesta a un entusiasmo político que con el tiempo perdería fuerza y razón de ser.

Cuando a finales de 1942 Dionisio Ridruejo abandonó la dirección de Propaganda fundó — como se sabe — la revista "Escorial". No es éste el momento de tratar sobre tal publicación⁴¹. Solamente recordar que la intelectualidad allí reunida — probablemente con el grupo "enemigo" de Albareda y del Consejo la más valiosa de la época — elaboró una cultura nacional de corte marcadamente imperialista pero, dentro de las circunstancias en que creció, con vocación generosa de acoger a humanistas y científicos no necesariamente falangistas. Como ha escrito Torrente, uno de los colaboradores habituales de la publicación,

por aquellas kalendas del cuarenta y del cuarenta y uno, nadie entre los que se acercaron a "Escorial" o fueron llamados a él, lo hicieron con moral de colaboración, ya que a nadie se exigió, ni se sugirió siquiera, la más mínima palabra de adhesión a las ideas que la revista necesariamente había de sustentar o a las personas que las representaban. En otro lugar hemos escrito que, si nuestros recuerdos no nos engañan, a lo largo de estos dos años, convivieron sin lastimarse, republicanos y falangistas, germanófilos, víctimas de la represión de izquierda y víctimas de la de derecha. Si el escritor salía de la cárcel, sabía que en el "Escorial" sólo se le pedía calidad⁴².

Más que probablemente don Gonzalo exageraba un poquito. Por otra parte la bibliografía que de la revista se ha ocupado ha usado, siguiendo la expresión de Mainer, el apelativo de falangismo liberal para juzgar al grupo, y de política cultural integradora para definir el objetivo de la publicación fundada por Ridruejo. En los regímenes fuertes y con la prensa controlada no son posibles demasiadas

heroicidades, y los pocos intentos apenas insinuados de libertad y de cambio deben pagar factura. El tributo a ciertos aires de recuperación, por parte de “Escorial”, de un pasado nacional más amplio que el de los otros grupos políticos y culturales consistió en el apoyo incondicional a la falange Unificada de Franco y de Serrano. Pero efectivamente no todo se redujo, como en otras publicaciones ideológicas de la época a exaltar el pasado de los Siglos de Oro, la España Imperial, la Hispanidad, y a los autores reaccionarios o combativamente ortodoxos del siglo XIX. Como afirma Torrente

se hace menester reconocer que fue también en ellas donde, con palabras y cautelas que la situación hacía necesarias, se invitó por primera vez a los españoles a dejarse de monsergas y a contemplar su historia en su realidad, con su dolor y su vergüenza si la hubiese⁴³.

Gonzalo Torrente representó, dentro de “Escorial”, el inconformismo intelectual de aquellos pocos intelectuales que, no obstante hubiesen preferido la España sublevada a la frentepopulista, no estaban dispuestos a dimitir totalmente de sus convicciones y a entregar, o regalar, casi toda la tradición cultural española a la España del exilio. De frente a la filosofía de la historia de la Hispanidad que había individuado la decadencia de España en el siglo XVIII, por ser portadora de la racionalidad y el origen de la Europa liberal y constitucional, Torrente, de acuerdo con el compromiso de la revista de obediencia política al régimen a cambio de libertad cultural, se permite, en contra de la línea casi unánime de “Escorial”, escribir un canto de alabanza al siglo XVIII. Lo publica en respuesta al vol. de Antonio Tovar, otro de los ideólogos punteros de la revista, *Imperio de España*, donde había sostenido con profusión de teorías y ejemplos la tesis imperialista, concluyendo que la España de 1940 para recuperar su esplendor y hallar sus raíces tenía que volver a la cultura de los Siglos de Oro y a la política de los Reyes Católicos y de los Austrias.

El ensayo de GTB se llaman *Epístola a Antonio Tovar* y fue publicado en julio de 1941, en el tomo IV de “Escorial”. Recuerda la mutua amistad surgida en la colaboración de Prensa y Propaganda y en la común fe política:

Creo contigo en esta misión de Falange, que acaso en 1937 exigiera sonrisa, pero que hoy, cuatro años después, pide urgente violencia⁴⁴.

Las palabras que siguen demuestran los aires de libertad cultural que la revista permitió a sus colaboradores, y pone de manifiesto, una vez más, las diferencias entre los regímenes autoritarios y los totalitarios. En uno del segundo tipo no hubiera sido fácil oponerse a la interpretación oficial escribiendo que

nunca se ha dicho tanta tontería del Imperio y de Trento, de la Contrarreforma, de la Ilustración o del cardenal Cisneros. Como si España necesitase de la mentira en este su nuevo y dificultoso salir a la Historia viva y universal⁴⁵.

El objeto central de la epístola-ensayo es criticar la interpretación superficial

y parcial de la que el siglo XVIII español estaba siendo objeto por la cultura oficial. Tal injusticia encuentra sus orígenes según GTB en don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien nuestro autor considera — como en realidad lo era — bandera del catolicismo ortodoxo del grupo del Consejo y más tarde de la revista “Arbor”. Torrente se revuelve contra los tópicos y la retórica de la nueva ideología que, en muchos casos, vivía dentro de la misma revista. Más aún, se puede decir que no es fácil en esta época, ni en años inmediatamente posteriores hallar textos donde tan explícitamente se realice una inversión de valores sobre el Siglo de las Luces.

Cuando se hace memoria de nuestra decadencia — escribe don Gonzalo — se la suele expresar como una nueva curva en descenso que parte de la Invencible y alcanza... hasta nuestros días. El gráfico es inexacto, porque hay un momento en que España se reanima, y si no la primera potencia mundial o europea, es, a lo menos, una gran potencia. Esto acontece precisamente en el siglo XVIII, no bajo los Borbones que me traen sin cuidado, sino bajo sus ministros (...). Ni siquiera los peores años del siglo pasado, inmediatamente después de la Independencia, conocieron el estado de postración y miseria que nuestra Patria alcanzó bajo los últimos Austrias; y si alguna vez estuvo España en trance inminente de desaparición, como bien dices en tu libro, fue entonces⁴⁶.

Además el siglo XVIII supo conservar el Imperio de Ultramar por una parte, y por otra transformar una monarquía dividida en reinos, y en ocasiones, y por tal motivo, inoperante — Felipe IV reunía a la fuerza las Cortes aragonesas precisamente cuando los franceses asediaban Lérida —, en otra unitaria y operativa. Recuerda, en fin, que se mejoró el comercio colonial, creando para ello una escuadra naval digna de las potencias europeas.

1. La bibliografía más completa sobre y de GTB la preparó Carmen Becerra en el número extraordinario que la revista “Anthropos” le dedicó al autor (n. 66-67, año 1986). A ella nos remitimos para aligerar las páginas del presente artículo.
2. El premio Miguel de Cervantes, que apareció en el Boletín Oficial del Estado, una especie de Nobel de las letras españolas. El premio dotado hoy con 10 millones de pesetas es entregado todos los años, con ceremonia solemne, por los reyes de España el 23 de Abril, Día del Libro. Javier Goñi que ha escrito con competencia profesional la crónica literaria de España ha calificado a GTB como «el mejor y más completo novelista español actual» Cfr. *Letras españolas 1976-1986*, Madrid, Editorial Castalia-Ministerio de Cultura, 1987, p. 330.
3. Ante la falta de éxito, de ventas, nuestro autor dudó si proseguir o no en el género narrativo. Como él mismo ha escrito recientemente, con la ironía realista típica de su personalidad, «por fas o por nefas, mis obras no habían logrado la mínima consideración pública y crítica aconsejable a quien pretenda seguir escribiendo. Por eso fue tan escasa mi producción entre 1950 y 1957. Me dediqué no sin dificultades a la historia y a la crítica literarias. Escribí y publiqué *El señor llega*. Su éxito no fue de los que asombran: entre diciembre de 1957, fecha de su aparición, y el mismo mes de 1959, en que recibió el premio de la fundación Juan March, se había vendido 800 ejemplares, fracaso sólo comparable al de Don Juan, del que se vendió una cantidad algo menor en nueve años, había motivos suficientes para mojar la esponja, y la hubiera mojado si el mentado Premio no me comprometiera ante mí mismo y ante el editor a concluir la trilogía de *Los gozos y la sombras*.» Ver: Nota *autobiográfica* en “Anthropos”, n. 66-67, 1986 (extraordinario 9, p. 20).
4. Publicado en Madrid por Ediciones Guadarrama en 1963.
5. Cfr. Burgos, Ediciones Jerarquía, 1938.
6. Cfr. Barcelona, Editorial Destino.
7. GTB, que ha oído decir y leído repetidamente el gran poder de adaptación formal y de contenido de su pluma, se defiende de ser considerado como un perseguidor, a todo trance, de modas literarias. Comentando la novela que lo catapultó al éxito, ha escrito que «consistió ante todo en una vuelta a mi primer camino más experimentado y más informado ya que en 1937» (Nota *autobiográfica*, cit., p. 21). En otro lugar, y en modo más específico, ha añadido: «Nunca me inquietaron demasiado las modas y el que dijo que el error de mi *Sagafuga* es seguir una de ellas, acredita no entender ni de modas ni de literaturas. No seguí las modas, pero creo haber respondido al espíritu de mi tiempo (...). Creo no haber obedecido jamás a esas órdenes difusas e impersonales que llegan nadie sabe de donde y alicortan a los espíritus tímidos, así como a los superficiales» (*Curriculum en cierto modo*, “Anthropos”, extraordinario 9, cit., p. 27).
8. Como leemos en el trabajo colectivo del título *Gonzalo Torrente Ballester. Premio Miguel de Cervantes 1985* (Barcelona, Anthropos-Ministerio de Cultura, 1987), y concretamente en su capítulo introductivo, *La imaginación en libertad*, «en toda la obra de Torrente Ballester late, por encima de cualquier otro sentimiento, la experiencia de gozo y libertad, el placer de hacer literatura, de crear personajes, escenarios, mundos nuevos donde la libertad de su existir sea posible y superadora de facticidades exclaustrantes y absolutamente limitantes, repetitivas. Por todo ello la literatura se justifica por sí misma; su único propósito es llegar a metas literarias, artísticas: ser una imaginación ante todo, fantasía, encarnarse en cuerpo de ficción... El arte siempre es artificio, estado de Gracia y Libertad. Soñar es inventarse la realidad sugerente de materiales pasivos... y crear un mundo de significados, seleccionado y coherente. De ahí la fuerza del hecho literario» (pp. 7-10).

9. Nos referimos a la admirablemente escrita por Carmen Becerra y publicada en Madrid en 1982.
10. Refiriéndose a la evolución vital de nuestro autor durante los primeros años 40, A. Jiménez Bartlet la ha descrito con fina intuición psicológica y penetrante sentido de la realidad humana encarnada en la individualidad siempre fugitiva y conscientemente recortada por el intrínseco límite de la condición del hombre: «En el plano vital esta etapa sirve para configurar el carácter de Torrente, sobre todo porque añade un elemento importante a su forma de ser: el escepticismo. El joven audaz, cínico, idealista y algo dandy pasa a ser paulatinamente un adulto que duda de todo, que ironiza y al cual es muy difícil reclutar para soluciones colectivas. De ahí en adelante la búsqueda será siempre en solitario: analizando, escogiendo, descartando, aprendiendo». Ver: *Torrente Ballester: casi una vida, en Gonzalo Torrente Ballester. Premio Cervantes 1985*, cit., p. 21.
11. No se puede olvidar que Torrente se licenció en Historia y no en Literatura, y que durante mucho tiempo enseñó Historia Universal en la Escuela de Guerra Naval de Madrid. «Labor — nos informa su hijo Gonzalo Torrente Malvido — en que le había precedido su compañero y colega de infancia Santiago Montero Díaz, desplazado de aquella cátedra, cual más adelante lo sería el propio GTB por motivos políticos de opinión... La Escuela de Guerra, sita en el Paseo de la Castellana n. 38, la casa de Matilde en López de Hoyos n. 11 y la Residencia del Consejo — antigua de Estudiantes, en Pinar, 21 pegada a mi internado — compusieron por algún tiempo el triángulo existencial de la familia, que se completaba con largas tangentes dominicales a Carabanchel para ver a las niñas en su colegio. Y por aquellas inmediaciones además algunos amigos: Pedro Laín, en Lista semiesquina a Serrano, los Sotomayor, en López de Hoyos, los Stille, en la calle Pinar». Ver *Torrente Ballester, mi padre*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1990, p. 106.
12. Sabemos, entre otros por su hijo Gonzalo, que asistió antes de 1931 a la tertulia presidida por Valle Inclán en La Granja (ver *Torrente Ballester, mi padre*, cit., p. 44). Remitimos al ensayo del mismo GTB del título *Dilucidación del eserpento*, en el vol. *Teatro español contemporáneo*, Madrid, Guadarrama, 1968 (2).
13. En sus diarios escritos en aquellos años entre la Dictadura y la Segunda República el nombre y el estilo de Unamuno estarán siempre presentes. Quizás por el mismo motivo no falta la admiración por Romano Guardini que influirá con *Lo spirito della liturgia* en el interés teológico manifestado sobre todo en aquel periodo por GTB. Ver al respecto el cap. *Gonzalo Torrente Ballester: recreación de España* del vol. de O. González de Cardedal, *El poder y la conciencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, pp. 319-353.
14. Ver: Gonzalo Torrente Ballester, *Prólogo* al libro de F. Umbral, *Ramón y las vanguardias*, Madrid, Espasa Calpe, 1978, p. 23.
15. *Ivi*, p. 24.
16. *Ivi*, p. 34.
17. Torrente explicando el aprendizaje autodidacta de la cultura y del arte confiesa entre la crítica y la admiración que «de haber tenido dinero, me contaría entre los discípulos de don José Ortega y Gasset, el hombre que, de lejos, más me enseñó en esta vida; y lo hubiera sido sin miedo a la imitación, porque siempre le creí hombre que sabía no sólo respetar la originalidad ajena sino suscitarla». (*Curriculum en cierto modo*, cit., p. 24).
18. Ver mi ensayo *Ortega e le avanguardie in Trentanni di avanguardia spagnola* (a cura di G. Morelli, Milán, Jaca Book, 1987; hoy en traducción española, Sevilla, Universidad, 1992).
19. En esta línea nos parece atinada la interpretación de Darío Villanueva cuando explica que «los más recientes comentaristas cervantinos coinciden en afirmar que lo auténticamente novedoso y fecundo de *El Quijote* es la síntesis entre *novela*, representación (...) de la vida y costumbres reales de una época y el *romance*, el relato de más altos

vuelos imaginativos. Esa racionalización del romance ya había sido atribuido a Cervantes por Ortega, para quien la interrelación mutua de lo ideal y de lo real pasaba a ser, con *El Quijote* decisiva en la construcción de la novela moderna». Cfr. *El cervantismo de Gonzalo Torrente Ballester*, en *Gonzalo Torrente Ballester. Premio Cervantes* 1985, cit., pp. 65-66.

20. *Curriculum en cierto modo*, cit., p. 26.
21. *Torrente Ballester, mi padre*, cit., pp. 27-32.
22. *Razón y ser de la dramática futura*, “Jerarquía”, n. 2, 1937, pp. 61-84.
23. Como escribí en un ensayo en colaboración con J. Andrés Gallego «era hombre curtido en el violento clima espiritual de los años Veinte. Nacido en 1903, y formado en el seminario de Pamplona, una probable estancia en Roma donde se licenció en teología, debió de permitirle conocer el régimen fascista italiano en sus primeras singladuras. Dirigió un hogar infantil, entre 1927 y 1931, para, desde este año hasta 1936, ejercer como profesor de religión del instituto de Pamplona, justo en los días difíciles — y en los medios sociales — en que la juventud pamplonesa, hervía en actitudes crecientemente crispadas. Que debieron de ser el mejor acicate para conducirlo a las filas de Falange, en donde militaba abiertamente cuando fundó y empezó a dirigir el primer periódico falangista, “Arriba España”, al comenzar agosto de 1936» (Ver *¿Cruzada o guerra civil? El primer gran debate del régimen de Franco*, en *Chiesa cattolica e guerra civile in Spagna nel 1936*, coordinado por M. Tedeschi, Nápoles, Guida, 1989, pp. 111-112).
24. *Falange y Literatura*, Barcelona, Labor, 1971, p. 41.
25. Por orden del 14 de enero de 1937 fue creada la Delegación de Prensa y Propaganda que le fue confiada el 19 del abril del mismo año al comandante de Ingeniero Manuel Arias Paz, que había cursado algunos cursos de periodismo en la escuela del “Debate”, siendo alumno y amigo de Francisco de Luis a quien incorporó al nuevo organismo como consejero, pero de buen militar y en plena guerra colocó en los cuatros cargos importantes a compañeros de armas, algunos de ellos provenientes también, como él, de la CEDA. Era evidente que Serrano y la Falange estaban poco dentro de la nueva institución. Paralelamente existía una entidad de Falange, la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, dirigida desde mayo de 1937 por Yzardiaga. La aclaración es importante porque más de un historiador y crítico literario han confundido la primera con la segunda, creyendo que el cura navarro ostentase el cargo oficial del Estado y no solamente el del partido. Tanto es así que las publicaciones de Falange tuvieron que pasar, en contra de su voluntad, por el control de la censura del estado; es decir someterse a la estructura paralela. Las normas publicadas en diciembre de 1936 indican ya que Franco pretendía sostener su régimen con el apoyo del Ejército y de la Iglesia, mientras la Falange servía de estructura decorativa para encuadrar a buena parte de los sostenedores de la sublevación que no contaban. El artículo segundo imponía encautar todas las publicaciones que contuviesen ideas disolventes, conceptos inmorales, propaganda de doctrina marxista y todo cuanto signifique falta de respeto a la dignidad de nuestro glorioso ejército, atentados a la unidad de la patria, menosprecio de la Religión Católica y de cuanto se oponga al significado y fines de nuestra Cruzada Nacional. Sin embargo cuando en enero de 1938 Franco formó gobierno decidió que Prensa y Propaganda pasasen a depender del Ministerio de la Gobernación, encomendado a un falangista franquistizado, el cuñadísimo Serrano que al detentar también dentro del partido la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda, ambos organismos quedaron unificados y sometidos a la misma persona. A partir de ahora don Fermín perdería el control de la organización. Serrano nombró director de Prensa a un falangista amigo, José Antonio Jiménez Arnau, periodista vasco, que había sido estrecho colaborador de Hedilla. Poco después le substituyó su hermano Enrique y poco más tarde Jesús Ercilla. Jiménez Arrao llamó a colaborar a una serie de intelectuales afines al partido de obser-

- vancia estrecha y con una concepción de Falange bastante totalitaria: Ramón Garriga, Pedro Gómez Aparicio, José Vicente Puente y Jesús Pavón.
- Para no perderse en la enorme y no siempre clara bibliografía sobre la prensa y la censura civil y militar durante los primeros años 40 el volumen más claro si bien no el más imparcial, es el de J. Sinova, *La censura de prensa durante el franquismo*, Madrid, Espasa Calpe, 1989. Es también muy informativo el volumen del que fuera director general de la Biblioteca Nacional de Madrid durante la República, Ipólito Escolar, *La cultura durante la guerra civil*, Madrid, Alhambra, 1987.
26. *Descargo de conciencia*, Barcelona, Barrai, 1976, pp. 218-219.
 27. *Ivi*, p. 217.
 28. Cfr.: Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 118; J. Andrés Gallego, *¿Cruzada o guerra civil? El primer gran debate del régimen franquista*, cit.
 29. Según Ipólito Escolar se pensó substituir la J inicial por la G, para imitar más a la omònima italiana; ver *La cultura durante la guerra civil*, cit., p. 244.
 30. Muy probablemente fue Lain quien introdujo a Torrente en el grupo de Pamplona y más tarde en el de Burgos; ver: D. Ridruejo, *Casi unas memorias*, cit., p. 136.
 31. *Ivi*, p. 137.
 32. *Ivi*, p. 140.
 33. *Ibidem*.
 34. *La censura de prensa durante el franquismo*, cit., p. 138.
 35. *Descargo de conciencia*, cit., pp. 229-230.
 36. *Ivi*, p. 242.
 37. Cfr. Torrente Ballester, *El autor en su obra*, Barcelona, Barcanova, 1981, pp. 24-26.
 38. Cfr. vol. I, Madrid, Akal, 1986, p. 523.
 39. Cualquiera que fuese su causa, moral, política o religiosa la novela ha merecido juicios muy adversos. Alicia Jiménez, después de resaltar los elementos psicológicos y formales de *Javier Marino* termina juzgándola, a la altura de los años 80 como «un auténtico fósil, de valor envejecido y planteamiento desfasado» (ob. cit., p. 26). Por el contrario para Santos Sanz Villanueva *Javier Marino* muestra, sin duda, la presencia de un escritor con «cualidades normativas y con suficiente aliento para contar cosas y encarnarlas en unos atractivos». Ver *Historia de la literatura española*, vol. VI-2, Barcelona, Ariel, 1984, p. 91.
 40. Aunque la bibliografía del ya citado número extraordinario de “Anthropos” no diga nada, ni tampoco el voi. también aquí anotado de AA.VV., *Gonzalo Torrente Ballester. Premio Miguel de Cervantes 1985*, cit., Rodríguez Puértolas incluye los siguientes volúmenes ideológicos de GTB: *La Falange como partido único*, Barcelona, Servicio Nacional de Propaganda, 1939, y una antología de textos del fundador, *José Antonio Primo de Rivera*, Madrid, Falange Española, 1940. Sin embargo se equivoca probablemente Puértolas cuando le adjudica la colaboración en la monumental *Historia de la Cruzada española*, Madrid, Ediciones españolas, 1940-1946, dirigida por Joaquín Arrarás, pues Torrente pasó — permítaseme la expresión — la pelota del comprometido encargo al más tarde famoso historiador Ciríaco Pérez Bustamante.
 41. Ver al propósito la tesis de doctorado de Domenica Saglimbene, *La revista “Escorial”: política y literatura (1940-1942)*, Milano, Università Cattolica del Sacro Cuore, anno accademico 1989-90.
 42. Ver *Escorial en el recuerdo*, en *Dionisio Ridruejo de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus, 1976, p. 63.
 43. *Ivi*, p. 64.
 44. Cfr. pp. 125-126.
 45. *Ivi*, p. 126.
 46. *Ivi*, p. 127.

